

## 16. El Espíritu de Sacrificio

*Review and Herald, 4 de enero de 1906*

Los comienzos de la apostasía de Salomón pueden rastrearse a muchas desviaciones aparentemente leves de los principios correctos. Las asociaciones con mujeres idólatras no fueron en absoluto la única causa de su caída. Entre las causas principales que llevaron a Salomón a la extravagancia y la opresión tiránica, se encontraba su curso al desarrollar y fomentar un espíritu de codicia.

### El Templo Edificado con Ofrendas

En los días del antiguo Israel, cuando al pie del Sinaí Moisés comunicó al pueblo el mandato divino,

«Hagan un santuario para mí, para que yo habite en medio de ellos» (Éxodo 25:8)

—la respuesta de los israelitas estuvo acompañada de ofrendas apropiadas.

«Así que vinieron, cada uno cuyo corazón le impulsaba y cada uno a quien su espíritu hacía dispuesto, [y trajeron ofrendas]» (Éxodo 35:21)

Para la construcción del santuario, fueron necesarios grandes y costosos preparativos; se requería una gran cantidad del material más precioso y costoso; sin embargo, el Señor solo aceptaba ofrendas voluntarias.

«De todo hombre que la dé voluntariamente con su corazón, tomarás mi ofrenda» (Éxodo 25:2)

Este fue el mandato divino repetido por Moisés a la congregación. La devoción a Dios y un espíritu de sacrificio fueron los primeros requisitos para preparar una morada para el Altísimo.

Un llamado similar al autosacrificio se hizo cuando David transfirió a Salomón la responsabilidad de erigir el templo. A la multitud reunida que había traído sus generosos dones, David preguntó:

«¿Quién, pues, está dispuesto a consagrar su servicio hoy al Señor?» (1 Crónicas 29:5)

Este llamado siempre debió haber sido recordado por aquellos que tuvieron que ver con la construcción del templo. Hombres escogidos fueron especialmente dotados por Dios con habilidad y sabiduría para la construcción del tabernáculo en el desierto.

«Y Moisés dijo a los hijos de Israel: Mirad, el Señor ha llamado por nombre a Bezaleel... de la tribu de Judá;

Y lo ha llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, en entendimiento, en conocimiento y en toda clase de obra;

Y ha puesto en su corazón que pueda enseñar, tanto él como Aholiab... de la tribu de Dan.

A ellos ha llenado de sabiduría de corazón, para que hagan toda clase de obra, de grabador, y de ingenioso artesano, y de bordador... y de tejedor, aun de los que hacen cualquier obra, y de los que idean trabajos ingeniosos.» (Éxodo 35:30-31, 34-35)

«Así, pues, trabajaron Bezaleel,...y todo hombre de corazón sabio, en quien el Señor puso sabiduría y entendimiento.» (Éxodo 36:1)

Inteligencias celestiales cooperaron con los obreros que Dios mismo escogió.

## **El Espíritu de Codicia**

Los descendientes de estos hombres heredaron en gran medida la habilidad concedida a sus antepasados. En las tribus de Judá y de Dan había hombres considerados especialmente *ingeniosos* en las bellas artes. Durante un tiempo estos hombres permanecieron humildes y desinteresados; pero gradualmente, casi imperceptiblemente, perdieron su conexión con Dios y Su verdad. Comenzaron a pedir salarios más altos debido a su habilidad superior.

En algunos casos su petición fue concedida, pero más a menudo quienes pedían salarios más altos encontraban empleo en las naciones circundantes. En lugar del noble espíritu de autosacrificio que había llenado los corazones de sus ilustres antepasados, cultivaron un espíritu de codicia, de afán por acumular más y más. Sirvieron a reyes paganos con su habilidad dada por Dios, y deshonraron a su Hacedor.

Fue a estos apóstatas a quienes Salomón buscó como maestro de obras para *supervisar* la construcción del templo en el Monte Moriah. Al rey se le habían encomendado especificaciones minuciosas, por escrito, sobre cada porción de la estructura sagrada, y él debería haber buscado a Dios con fe en busca de ayudantes *consagrados*, a quienes se les habría concedido una habilidad especial para realizar con exactitud el trabajo requerido.

Pero Salomón perdió de vista esta oportunidad de ejercer fe en Dios. Envió al rey de Tiro en busca de...

«...un hombre hábil para trabajar en oro, y en plata, y en bronce, y en hierro, y en púrpura, y carmesí, y azul, y que sabe grabar con hombres hábiles... en Judá y en Jerusalén.» (2 Crónicas 2:7)

El rey fenicio respondió enviando a Hiram,

«...un hombre hábil, dotado de entendimiento,... Hijo de una mujer de las hijas de Dan, y su padre era un hombre de Tiro.» (2 Crónicas 2:13-14)

Este maestro de obras, Hiram, era descendiente, por parte de su madre, de Aholiab, a quien, cientos de años antes, Dios había dado sabiduría especial para la construcción del tabernáculo. Así, a la cabeza de la compañía de obreros de Salomón, se colocó a un hombre no santificado, que exigía grandes salarios debido a su inusual habilidad.

Los esfuerzos de Hiram no fueron motivados por el deseo de rendir su más alto servicio a Dios. Él sirvió al dios de este mundo: *Mamón*. Las mismas fibras de su ser estaban entretejidas con principios de egoísmo, que se revelaron en su afán por los salarios más altos.

Y gradualmente estos principios erróneos llegaron a ser apreciados por sus asociados. Mientras trabajaban con él día tras día, y cedían a la inclinación de comparar sus salarios con los propios, comenzaron a perder de vista el carácter santo de su trabajo, y a centrarse en la diferencia entre sus salarios y el suyo. Poco a poco perdieron su espíritu de abnegación y fomentaron un espíritu de codicia. El resultado fue una demanda de salarios más altos, que les fue concedida.

Las influencias nocivas puestas en marcha por el empleo de este hombre de espíritu codicioso, impregnaron todas las ramas del servicio del Señor y se extendieron por todo el reino de Salomón. Los altos salarios exigidos y recibidos dieron a muchos la oportunidad de entregarse al lujo y la extravagancia.

En los efectos de largo alcance de estas influencias, puede rastrearse una de las principales causas de la terrible apostasía de quien una vez fue el más sabio de los mortales. El rey no estuvo solo en su apostasía. La extravagancia y la corrupción se veían por doquier. Los pobres eran oprimidos por los ricos; el espíritu de autosacrificio en el servicio de Dios estaba prácticamente perdido.

### **La Lección para Nosotros**

Aquí radica una lección muy importante para el pueblo de Dios hoy, —una lección que muchos tardan en aprender. El espíritu de codicia, de buscar la posición más alta y el salario más alto, está muy extendido en el mundo. El espíritu de antaño de abnegación y autosacrificio se encuentra con demasiada poca frecuencia. Pero este es el único espíritu que puede impulsar a un verdadero seguidor de Jesús. Nuestro divino Maestro nos ha dado un ejemplo de cómo debemos trabajar. Y a aquellos a quienes Él mandó:

«Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres» (Mateo 4:19)

—Él no ofreció ninguna suma fija como recompensa por sus servicios. Debían compartir con Él Su abnegación y sacrificio.

Aquellos que afirman ser seguidores del Maestro Obrero, y que se dedican a Su servicio como colaboradores con Dios, deben aportar a su trabajo la exactitud y la habilidad, el tacto y la sabiduría que el Dios de perfección requirió en la construcción del tabernáculo terrenal. Y ahora, como en aquel tiempo y como en los días del ministerio terrenal de Cristo, la devoción a Dios y un espíritu de sacrificio deben ser considerados los primeros requisitos de un servicio aceptable. Dios desea que ni un solo hilo de egoísmo se entreteja en Su obra.

Se debe tener mucho cuidado con el espíritu que impregna las instituciones del Señor. Estas instituciones fueron fundadas en el autosacrificio y han sido

edificadas por los dones abnegados del pueblo de Dios y la labor desinteresada de Sus siervos. Todo lo relacionado con el servicio institucional debe llevar la *firma del cielo*.

Se debe fomentar y cultivar un sentido de la santidad de la institución de Dios. Los obreros deben humillar sus corazones ante el Señor, reconociendo Su soberanía. Todos deben vivir de acuerdo con principios de abnegación. Mientras el verdadero obrero abnegado, con su lámpara espiritual arreglada y ardiendo, se esfuerza desinteresadamente por promover los intereses de la institución en la que trabaja, tendrá una experiencia preciosa y podrá decir:

«Ciertamente el Señor está en este lugar.» (Génesis 28:16)

Sentirá que está altamente privilegiado al serle permitido dar a la institución del Señor su habilidad, su servicio y su incansable vigilancia.

## **La Obra Adventista**

En los primeros días del mensaje del tercer ángel, aquellos que establecieron nuestras instituciones, y aquellos que trabajaron en ellas, fueron impulsados por altos motivos de desinterés. Por sus arduas labores no recibieron más que una mera pittance —apenas suficiente para un sustento escaso. Pero sus corazones fueron bautizados con el ministerio del amor. La recompensa de la liberalidad de *todo corazón* era evidente en su estrecha comunión con el Espíritu del Maestro Obrero. Practicaron la más estricta economía, a fin de que cuantos más obreros fuera posible pudieran plantar el estandarte de la verdad en nuevos lugares.

Pero con el tiempo llegó un cambio. El espíritu de sacrificio no era tan manifiesto. En algunas de nuestras instituciones, los salarios de unos pocos obreros aumentaron sin razón. Quienes recibían estos salarios afirmaban que merecían una suma mayor que otros, debido a sus talentos superiores. Pero, ¿quién les dio sus talentos, su habilidad?

Con el aumento de los salarios vino un aumento constante de la codicia, que es idolatría, y una disminución constante de la espiritualidad. Grandes males se infiltraron, y Dios fue deshonrado. Las mentes de muchos que presenciaron este

afán por salarios cada vez más altos, fueron leudadas con duda e incredulidad. Principios extraños, como mala levadura, permeaban casi todo el cuerpo de creyentes. Muchos dejaron de negarse a sí mismos, y no pocos retuvieron sus diezmos y ofrendas.

Dios, en Su providencia, llamó a una reforma en Su obra sagrada, que debía comenzar en el corazón y manifestarse externamente. Algunos que ciegamente continuaron valorando en exceso sus servicios, fueron removidos. Otros recibieron el mensaje que se les dio, se volvieron a Dios con todo el propósito de su corazón, y aprendieron a aborrecer su espíritu codicioso. En la medida de lo posible, se esforzaron por dar un ejemplo correcto ante el pueblo reduciendo voluntariamente sus salarios. Se dieron cuenta de que nada menos que una transformación completa de mente y corazón los salvaría de ser arrastrados por alguna tentación *maestra*.

La obra de Dios en toda su amplia extensión es una, y los mismos principios deben gobernar, el mismo espíritu debe revelarse, en todas sus ramas. Debe llevar el sello de la obra misionera. Cada departamento de la causa está relacionado con todas las partes del campo del evangelio, y el espíritu que controla un departamento se sentirá en todo el campo.

Si una parte de los obreros recibe salarios altos, hay otros, en diferentes ramas de la obra, que pedirán salarios más altos, y el espíritu de autosacrificio se perderá gradualmente de vista. Otras instituciones y conferencias captarán el mismo espíritu, y el favor del Señor les será retirado; porque Él nunca puede sancionar el egoísmo. Así nuestra obra *agresiva* llegaría a su fin. Solo mediante el sacrificio constante puede ser llevada adelante.

Dios probará la fe de cada alma. Cristo nos ha comprado con un sacrificio infinito. Aunque Él era rico, sin embargo, por causa nuestra se hizo pobre, para que nosotros, por medio de Su pobreza, llegáramos a poseer riquezas eternas. Todo lo que poseemos de habilidad e intelecto nos ha sido prestado en confianza por el Señor, para usarlo para Él. Es nuestro privilegio ser partícipes con Cristo en Su sacrificio.